

OJOS INQUIETOS

SOLO se oía el agua caer en la bañera. El estaba junto a la ventana en una mecedora vieja leyendo el periódico. De cuando en cuando miraba con vaguedad al cielo y bostezaba. Hasta el pasillo llegaba la luz blanda del atardecer. Había un cuarto encendido en el interior del piso. Hacía más de una hora que estaba con luz, una luz baja, tenue, de mesilla de noche. Se oyó en el cuarto de baño cerrar la puerta y, a poco, el ruido del agua en la bañera cesó. Se oía ahora un oleaje suave, un titilar de gotas y múltiples chorrillos jabonosos, veloces. El dobló ligeramente el periódico y lo puso sobre sus rodillas. Bostezó otra vez y sus ojos miraron casualmente un calendario que había en la pared: Abril, 5, Sábado. Cerró los ojos y se durmió en seguida. El periódico se fue escurriendo y cayó al suelo.

Al encenderse la luz abrió los ojos.

—Me había quedado dormido —murmuró pasándose una mano por la cara y enderezándose un poco.

Luego recogió el periódico, lo echó en la mesa, se levantó y bajó la persiana, buscó la luz de la lámpara acercando la mecedora a la mesa y comenzó sentado a mirar la última página del diario.

—¿Qué te parece? ¿Cenamos? —dijo ella con el pelo recogido arriba, recostando en el marco de la puerta el frescor de su cuerpo en una bata marcadora, dócil.

—Como a ti te parezca —contestó él con dificultad sobre un largo bostezo.

Ella entró en el cuarto y cerró bien la persiana. Se habían quedado tres o cuatro tablillas sin juntar. Luego conectó la radio y esperó, inclinándose hacia ella la cabeza y mirando arriba, a que llegara de lejos birbiqueando la musiquilla o la voz del locutor, que se abrió en seguida paso llenán-



dolo todo. Ella entonces, con atención complacida, domó esa voz y la dejó suave, cálida, como una caricia conocida, como el agua lenta, suave, templada, sobre sus muslos. La musiquilla punzante, calavera, ciega, música de sábado, música de grandes programas, resucitó la casa.

Ahora se oían, espaciados bajo la música, cacharros en la cocina, cajones saliendo y entrando, alguna vez un chorro brusco de agua sobre la pila o el arrastrar de una silla unos instantes. Y la melodía del sábado por los rincones y sombras de la casa, como humo en bocanada subrepticia, larga, silenciosa.

Se sentaron a cenar.

—Pues, chica, me había quedado dormido.

—¿No conoces esta música? —dijo ella mirando por encima de él. Se alegró su cara y sonrió un poco:

—Es la música que le gustaba a Roberto, a tu sobrino.

—Y tuyo. ¿No es también tu sobrino?

—Es bonita. La tocaba a la guitarra Jones Farducci en aquella película..., ¿cómo se llamaba?

—No sé —dijo él sacándose con los dedos un huesecillo de la boca.

—Sí, hombre. Aquella... *Seis hombres tiran a dar*. Nunca te acuerdas de nada. Estuvimos un sábado.

—Para eso te tengo a ti... ¿Qué, estaba buena el agua?

—Muy buena. Podías haberte bañado.

—Mañana...

—Este locutor me gusta —dijo ella de pronto—. Tiene una voz guasona, simpática, cuando habla... ¿Y las entradas? ¿Las tienes? —dijo mirando agradecida al aparato de radio, coqueteando un poco hacia el locutor.

—Sí, mujer; no te preocupes —oyó que le decía a un lado la voz de su marido.

—¿Qué vamos a ver por fin? —dijo apartando atenta con el tenedor una hebrita en el plato.

—Esa que tú querías..., la de ahí... Esa de ahí, hombre... ¿Cómo se llama?

—¿*Las chicas de la Luna*?

—Esa... ¡No sé yo qué tal estará!

—¡Ya veremos! —contestó ella levantándose.

Recogió en la cocina y se fue al tocador y luego al cuarto. El volvió a la mecedora y abrió el periódico. Bajo las ondas de la música se ahoga-



ban ahora los ruidillos de broches, los roces sedosos en las telas, el leve choque de una uña con un botón chico, el secreto siseo carnal de una mano acostumbrada ajustando una media. Se oyó un taconeo. Reposado, seco, como los cascos de una yegua enjaezada, tensa. Apareció ella en la puerta del comedor.

—¿Vamos?

El se levantó pasándose la mano por el pelo, se llegó al lavabo, se peinó en seco y se puso la americana. Por la escalera abajo se oía el pisar de ella, su braceo de jaca a media doma, nervioso, grávido. El taconeo de ella. El bajaba detrás.

Un aire perfumado, leve, estremecía los árboles de la placita que había al final de la calle. Había en la acera de enfrente, en casi todas las casas, ventanas con luz.

—¿Qué buena noche hace, verdad?

El se había adelantado un poco. Buscaba un cigarro por los bolsillos.

—Me he quedado sin tabaco. Hay que comprar.

—¿Qué hora es?

—Serán las... ¡vaya! Se me ha parado el reloj.

—¿Anda que estás bueno! Si nos da tiempo tomamos algo en *Oms*. Y compras tabaco. Nos pilla de paso.

—¿Bueno!

Ella acertó a cogerle del brazo sin mirarle y atravesaron en silencio las dos manzanas hasta el cine *Gladis*. Había en las calles una animación perceptible, nerviosa, y el aire dulce de las acacias rozaba la piel a los transeuntes con suavidad.

—¿Entramos a tomar algo o...? ¡Pregunta antes la hora!

Se adelantó y preguntó a uno que pasaba. Las diez y media. Se paró a poner su reloj a punto.

Oms estaba animado. Hervía el ambiente y el camarero pasaba junto a ellos una vez y otra con la bandeja llena. Se oía tras la barra el titilar continuo de vasos, platos y cucharillas. Allí, donde ellos estaban, olía mucho a café.

—¿Un *cortao*! —pidió él.

—A mí póngame uno solo.

—¿Quieres una copa?

—¿Como quieras! ¡Anda, si te la tomas tú!

En el *Gladis* ya estaba entrando la gente. Los porteros, altos, mansos,



vestidos de marrón, iban dejando pasar al público despacio, con cierta indiferencia. Oía a desinfectante camuflado con un perfume denso, pastoso. «¡Quierebombonhelado!...», gritaba un chiquillo en las primeras filas de butacas. Arrancó, brusca, una música que se hizo en seguida suave, melódica y llegó a todos los rincones aterciopelados, pisados muellemente por los que iban entrando, que hablaban algo más bajo.

Ella, mientras esperaban, le decía alguna frase a él. Sin mirarle. Sin verle. Le hablaba a un bulto —mediano— con facultad de oír, a un obstáculo para sus ojos que unas veces tenía a la izquierda y otras a la derecha y que le impedía siempre material o moralmente llegar más lejos, ver otras cosas. Se había acostumbrado a hablar con él. Apenas giraba la cabeza cuando lo hacía. Su cuello continuaba erguido, fuerte y dócil, con gratas, pequeñas sombras entre los mechoncillos oscuros y sedosos.

—Aquellos son los del tercero, ¿no?... Sí.

—Es mona esta música, ¿eh?

El dijo al apagarse la luz:

—*¡Las chicas de la Luna!* ¡Veremos a ver qué es eso!

El tema de la película era unas chicas aburridas, desengañadas de la vida, que se ofrecen para tripular cohetes a la Luna. Ingresan en un campamento militar secreto de entrenamiento y experimentación espacial, donde unos muchachos desengañados también de todo y aburridos, sufren un entrenamiento parecido con igual fin. En el campo hay disciplina, gran severidad, pero no falta lo necesario y hay cierto confort. Ellas y ellos se miran como si vieran postes de telégrafo. En el bar cambian impresiones displicentes mirándose con cara de fastidio, como el que ve llover. Del horario metódico, saludable del campo, de la falta de tiempo para pensar, en todos ellos renace la fortaleza, el optimismo, y un leve temor, que aumenta cada día, de perder la vida en el experimento. Total: tres parejas de novios, que se revelan con peripecias múltiples al prohibir el Alto Mando que abandonen el campo para casarse. Los jefes sitiados, sudorosos, acceden al fin ante el empuje del amor. Y arrepentidas las jerarquías prometen a los enamorados apadrinar las bodas y una colocación sin riesgos. Acaba la película a la puerta de la iglesia, alegres todos, bajo una lluvia de arroz. La Luna sonríe cayéndose la baba de miel. Mientras, en el campo, le están haciendo la ficha de tripulante del espacio a un mendigo que antes merodeaba por el campamento y que, a grandes zancadas y mordiendo feliz un mendrugo, se sienta en la cabina de un cohete de pruebas apre-



tando optimista, sonriente, mirando al público, todos los botones.

Fueron saliendo del cine despacio.

—No está mal... ¡Es una tontería...! —dijo él desarbolando las palabras sobre un largo bofetazo—. Ella iba despacio, callada. Las películas la volvían silenciosa. Escuchaba lo que venían diciendo los de atrás. Se paró tranquilamente un buen rato porque vió avanzar a lo lejos un coche, hasta que pasó. Desperezzaba al andar sus piernas con grávido garbo, con elasticidad segura, pausada, con indiferencia atractiva, ensimismada, madura. Oía los murmullos de los grupos que se perdían o disgregaban en las bocacalles. Había mucha gente que subía sin prisa a coger el «Metro». Ella sentía algo grato que la llenaba, la lamparilla juguetona, viajera, de un deseo vago, el sabor de un mundo, de unas gentes alegres, divertidas, que decían bobadas admirables mirándose con ilusión, sin más idea que llegar a besarse, a bailar, a vencer a la muerte por encima de cualquier obstáculo. ¡Maravilloso muchacho John, entre los que salían, desgarrado, con ojos de niño y unos dientes alegres, de perro!

Entraron en su calle, que estaba iluminada por la luna, silenciosa, fresca. Un gato la atravesó estirado, alerta, sin ruido. Ella empezó a oír detrás, lejos, unas pisadas aisladas de hombre, que retumbaban en la acera, que araban jóvenes, abarcadoras, lentas, la acera sorprendida. Se acercaban. Sonaban ahora más cerca. Pensó: «Así debe pisar ese artista, ese bribonazo de John, en su vida real. ¿Cómo se llamará el actor ese?».

Llegaron a su casa.

—¡Hala! —dijo él.

Ella cruzó la puerta y, mientras daba él por dentro la vuelta a la llave, se cogió a la reja del portal como esperando que terminara. El que venía detrás pasaba en ese instante. Era un joven achaparrado, moreno, que miró ajeno hacia la puerta. Ella estaba allí sin moverse, como si nada, con aparente aire distraído, con leve audacia y temor en los ojos inquietos que siguieron detrás de la reja el paso del hombre, la estela de su pisar espacioso, lento, bamboleante, su tos que de pronto se oyó, quebrada, brusca, sencilla. Notó el hierro frío bajo su mano y vió la puerta cerrada. El sábado se iba por la calle abajo. Sintió que el marido sostenía la puerta de cristales para que pasara ella. Y dió la vuelta, le siguió en silencio tranquila, un paso detrás de otro, metiendo sin motivo una mano en el bolso, ofuscada, perpleja, como buscando algo, una llave, la polvera, el pañuelo, el pedazo de sábado que le faltaba.

